

ANA MARIA RAMB
Vigilia del 76

24 de marzo. Larga noche del 76. En la Argentina, el cielo se parte en dos, y el infierno toma por asalto la fracción más diáfana. En cualquier esquina nos ametrallan los sueños. En túneles secretos triturar todo vestigio de vida. Mujeres embarazadas, detenidas en unos quinientos campos clandestinos, parirán bajo el terror. El mismo terror de Estado que les robará sus bebés recién nacidos. Cientos de niños crecerán en el hogar de un represor, o serán adoptados como huérfanos sin familia, como los niños checos sobrevivientes de la masacre de Lidice bajo el nazismo. Cada hoja del calendario se tiñe de iniquidad. Apenas unos días antes, se habían llevado en vilo a Haroldo Conti, Premio Casa de las Américas 1975 por su novela *Mascaró, el cazador americano*. Humberto Costantini y otros intelectuales que pueden salvar la piel huyen con lo puesto hacia lo desconocido. El resto es silencio.

Las páginas que recuerdan aquí esa atormentada vigilia de siete años resultarán precarias, insuficientes y, como tales, de ningún modo pretenden ser totalizadoras. Son apenas un tímido intento de contribuir a la memoria colectiva. Para poner el pasado en valor presente, y así ganar el futuro. Para que el resto no sea silencio, nunca más.

La noche de los chacales

Indicios, informaciones tangenciales, llamadas telefónicas de un laconismo exasperante. Alertas casi telegráficas, mensajes que quedarán sin contestar. «No vayas a la casa de..., que ya es una ratonera». Vamos a saludar a Héctor Demarchi en la redacción de *El Cronista*, y nos dicen por lo bajo: «se lo han chupado»; corre la misma suerte el editor del diario, Rafael Perrota. Y así, a cada desaparecido corresponden, en efecto multiplicador, muchas otras desapariciones. Desaparición de la libertad de pensar, de hacer pública nuestra opinión, de la libertad de actuar, de producir, de crear. De gozar. Percepción de que algo terrible, irremediable, está ocurriendo en las sombras. Rabia, angustia, desesperación. Impotencia. Las redes de comunicación se disuelven en la noche pavorosa. A Rodolfo Walsh le disparan en plena calle. Paco Urondo muere acribillado en una emboscada. ¿Dónde estarán, dónde esos poetas que como él, como Roberto Santoro y Miguel Ángel Bustos, habían creído con Rimbaud que otra vida era posible? A los treinta y tres años, Bustos había navegado ya por las venas abiertas de la América Latina. «Me acuerdo siempre» –decía por 1970– «de un indio en Cuzco, con una tira de piel o cuero llevando un madero cargado como una bestia. Nunca sentí un dolor tan monstruoso: sentir que yo era del color de los conquistadores». A Miguel Ángel lo arrancaron de su hogar una noche de mayo del 76, encerrados en la cocina su mujer y el pequeño Emiliano, hoy, como su padre, poeta. Un año después secuestraban a Roberto Santoro en la escuela donde trabajaba. Había fundado con Ramón Plaza, Marcos Silber, Horacio Salas y otros notables una de las revistas literarias más importantes de los años 60: *El Barrilete*. Días antes de su secuestro, Roberto escribía:

El ruido de las sirenas lo tenemos como música de fondo. Dale que dale, como un organito represor y desesperado. Oh, el mundo occidental cristiano. Un día florecerá la vida y el sol tendrá el color que merece [...] Vivir se ha puesto al rojo vivo, así dice Blas de Otero [...].

Tan al rojo vivo, que Lucina Álvarez y su marido Oscar Barros, colaboradores de *El Barrilete*, fueron sacados de su hogar por la fuerza y jamás se supo de ellos. El volumen *Palabra viva*,¹ editado en 2005 por la SEA (Sociedad de Escritores y Escritoras de la Argentina), compila trabajos de esta pareja y de un centenar de autores desaparecidos, algunos ya consagrados como Germán Oesterheld –guionista de *El Eternauta* y otras historietas inolvidables–, y muchos más que apenas habían comenzado a florecer. Tenía Alcira Graciela Fidalgo veintiocho años cuando la secuestró el capitán Alfredo Astiz. Hija del notable poeta jujeño Andrés Fidalgo, Alcira tenía voz propia, y escribía así:

*Su cara era lo único humano
entre tantos despojos.
(Una última y precaria pureza
se inscribe para siempre.)
Nuestro final será
—de alguna forma—
el encuentro de todos
con su oficio de aurora.*

Así concluye «Boceto (biografía de soslayo)», poema inspirado por la muerte de Ernesto Che Guevara.

Veinte años tenía Marcelo Ariel Gelman, poeta y periodista, desaparecido con su mujer en 1976. Su padre, el poeta Juan Gelman, pasaría años buscando a la nieta nacida en cautiverio hasta encontrarla, ya adulta, en Uruguay. Están en aquel volumen otros treinta y dos escritores de quienes apenas pudo reconstruirse la biografía, y no la obra escrita, porque durante la noche de los chacales, con la vida se perdía también la posibilidad de trascender.

Para los seres queridos comenzaba el calvario de la búsqueda, en medio de un pacto de silencio impuesto a sangre y fuego por la incorporación militar con la complicidad de los grandes medios de comunicación. La falta absoluta de información sobre la suerte de cada desaparecido constituyó un elemento de tortura psicológica para la familia y los amigos; nada más difícil de soportar que una prolongada incertidumbre. La dictadura atornillaba su poder no sólo por medio de la represión concreta, sino también a través de la expropiación de la identidad y de la permanente intimidación colectiva. En medio de la noche interminable, el 30 de abril del 77 surgieron los pañuelos/pañales de las Madres de Plaza de Mayo, que así, poniéndole el pecho al terrorismo de Estado, le pusieron nombre al genocidio. Y lo dieron a conocer en todo el mundo.

Duro oficio el exilio

Por años refugiada en México junto a Noé Jitrik, en su libro *Canon de alcoba* Tununa Mercado define el exilio como «... un no-lugar, un no-ser, un no-transcurrir que ha quedado difuso entre las consecuencias de la dictadura militar». Aunque la suerte acompañe al exiliado en tierras lejanas, la vivencia nodal será el des-garro, el extrañamiento, el injerto con dolor. David Viñas consigue una cátedra, pero es en Copenhague; a pesar de todo llevará en alto su solemne pobreza y dos heridas que no cerrarán, una por cada hijo desaparecido, y para vivir dará clases o recogerá cosechas, así fuere en Italia, Francia, Alemania o España. Héctor Tizón sólo consigue empleos de temporada. Daniel Moyano, escapado de dos detenciones, trabaja en una fábrica; Antonio di Benedetto, ex detenido y el más veterano de todos, en una revista médica. Honestos oficios terrestres, mientras se espera recuperar algún día la profesión de escritor. Algunos pueden hacerlo, en alternancia con otras actividades. La lista de los desterrados es calificada, e incompleta: Vicente Battista, Osvaldo Bayer, Jorge Boccanera, Nicolás Casullo, Griselda Gambaro, Germán García, Juan Gelman, Leónidas Lamborghini, Luis Luchi, Blas Matamoro, Ramón Plaza, Néstor Perlongher, Pedro Orgambide, Arturo Andrés Roig, Horacio Salas, Cristina Siscar, Osvaldo Soriano, Alberto Szpumberg, Vicente Zito Lema.

Y no faltará quien, superado el primer desgajo, se pierda en el desexilio, es decir, en el retorno: la segunda y problemática inclusión. A Julio Huasi lo llamaban el juglar de la Revolución. Corrían los años 60 y había cambiado Ciesler, su apellido europeo, por el quichua Huasi, «la casa». Visitador de fábricas en huelga y cárceles con presos políticos, como él mismo lo fue en otra dictadura, Julio Cortázar aprecia su obra poética, y de ella opina Nicolás Guillén: «Allí no existe el mezquino maquiavelismo ni la malsana adulonería y esnobismo de los pisaverdes que rondan el arte y la cultura». Al cabo de su exilio español, Julio Huasi halla en Buenos Aires un puesto de trabajo en la revista *Punto Final*, y una militancia en el periódico editado por las Madres de Plaza de Mayo. Aun así, no encuentra horizonte para soñar. Y un día de 1987 decide irse del todo y de todos. La Biblioteca de la Universidad de las

Madres lleva su nombre. Pero los libros de Julio Huasi son hoy perlas inhallables. De *Los increíbles*, editado por la Casa de las Américas en 1971, citamos:

*[...] libertad querida ;quién te conoce?
no hace mucho que ando en el planeta
una juventud tirada a los perros
ni una vez te vi en este baile
y la verdad es que me estoy cansando
te raptaré una mañana de éstas
a punta de tormenta de furor
con una pistola llena de música
amaré tu cuello tu voz tus ojos
ah mi amor uno muere de soñarlo [...].*

Existió otra forma de exilio. Dispersos, desolados, desnudos en la pesadilla, para esconderse del monstruo de mil cabezas, los que decidieron permanecer aquí, porque estaban anclados en afectos que no querían dejar, o por mera obstinación, o por ingenua omnipotencia, se inventaron nuevos nombres y cuevas secretas bajo la superficie estriada de la gran capital. Algunos se armaron una nueva vida en estado latente bajo el precario sosiego de los pueblos pequeños, donde podía medrar, sin embargo, la sospecha.

Sobrevivir en una situación de emergencia política, con riesgo de muerte o desaparición, exige reajustes complejos en el hacer cotidiano. Cambiar abruptamente de domicilio implica conseguir uno nuevo, a menudo en préstamo; cambiar también de nombre, inventarse nuevos oficios, por lo común con salarios «en negro» y una escuálida relación de dependencia, lejos de lugares de concentración de trabajadores. Corretajes, artesanados, colaboraciones periodísticas bajo seudónimo, labor de «escritor fantasma» que rescribe textos de novatos, o pergeñar experiencias de autogestión. Y cuando no, comer salteado. No intimar con vecinos, pero sin mostrarse huraños para no despertar dudas, buscar las cartas recibidas en casa de amigos fieles, visitar a familiares recorriendo antes y después varias líneas de subterráneos, para confirmar no ser seguidos y no «quemar» sus domicilios. Enterrar en jardines los libros y discos amados cada vez que el aire se enrarece todavía más.

La poeta Diana Bellessi busca refugio en una isla del delta del Paraná. En sus escasos y fugaces retornos a la urbe, graba entrevistas a las Madres de Plaza de Mayo y remite ese material al exterior. Poeta y editor empedernido, José Luis Mangieri envía a su familia a casa de parientes en provincia y se transforma en émulo de *El prisionero de Zenda*, confinado en un modesto cuarto del barrio de Parque Patricios.

Leonor García Hernando tenía talento y enorme voluntad de trabajo. Era adolescente cuando dejó su Tucumán natal, cuyos montes el general Bussi convirtió en un pequeño Vietnam, como sangriento preámbulo de la dictadura del 76. Podría Leonor haber obtenido una beca en el llamado Primer Mundo. Pero eligió quedarse en Buenos Aires, vender libros para sostenerse, cumplir una labor militante en las Nuevas Promociones, espacio abierto en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) bajo amparo de una comisión directiva «rojilla», y al impulso de un colectivo de jóvenes escritores que querían reunirse, respirar algo de oxígeno. Y leer sus poemas y relatos ante un público dispuesto a desafiar las recomendaciones de recluirse en casa. Porque si bien en Buenos Aires no hubo, como en Córdoba, toque de queda, después de las 9:00 p.m. las calles porteñas eran un páramo. Leonor describe esa época en su libro póstumo, *El cansancio de los materiales*, publicado en 2001:

*Tuvimos un tiempo raro
encarnábamos la historia agria de traición
en todo caso
nuestros cuerpos fueron la pampa de los matarifes
y, es cierto, nuestra piel era tensa como tela a punto / de rajarse.*

*La noche sería de lápices rotos en los estuches,² / de lámparas pesadas como un
rastrero /
en el barro
un celofán cubría las bocas
el escribiente tardaba en cerrar los envases de tinta / del pupitre
y todavía la sangre recibía una linfa de amapolas.*

De prohibiciones y resistencias

Antes de que asumiera la comisión «rojilla», Horacio Esteban Ratti, todavía presidente de la SADE a principios del 76, asistió a un almuerzo muy particular, junto a Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y el sacerdote Leonardo Castellani. Fecha: 19 de mayo de 1976. Lugar: la Casa de Gobierno. Anfitrión: Jorge Rafael Videla. Objetivo del gobierno dictatorial: tender una línea de «diálogo» con intelectuales insospechados de colaborar con la «subversión». Una sorpresa: Castellani dijo que sólo había venido a reclamar la aparición de su ex discípulo Haroldo Conti, del que nada se sabía desde su secuestro. Terminado el almuerzo, Borges y Sábato elogiaron a Videla ante la prensa. No quedó registrado si Ratti dijo algo, pero se sabe que cumplió en entregar al dictador un reclamo por los escritores desaparecidos.

A la gestión de Ratti, siguió una SADE militante, conducida por escritores «rojos» (comunistas, peronistas revolucionarios, socialistas y otros obstinados disconformes), que instalaron allí un enclave de resistencia –hubo otra lista en competencia electoral, integrada por escritores de *El Barrilete*–. Apenas algunos nombres de la lista triunfante: Julio Félix Royano, José Murillo, Ernesto Goldar, Juan José Manauta, Hamlet Lima Quintana, con Aristóbulo Echegaray en la presidencia. Mientras Julio Cortázar enviaba su denuncia de la dictadura al Congreso realizado en Estocolmo en junio de 1978, notables personalidades del extranjero enviaban sus reclamos por la vida y el derecho a la libre expresión. Mientras, el Pen Club mantenía silencio.

Pepe Murillo encabezaba la defensa de la SADE en el imprevisible día a día. Premio Casa de las Américas 1975 como Haroldo Conti, además de reclamar por la libertad e integridad física de escritores desaparecidos, Murillo logró que la entidad no flaqueara ante los literales aldabonazos de los esbirros de la dictadura, fueran estos los «servicios de inteligencia», fueran funcionarios con amagues de intervención jurídica. Se negó Pepe Murillo a entregar los ficheros con datos de los socios. Hubo que pasar noches en vela en la casona de la calle Uruguay, mientras atisbábamos tras las cortinas la ronda de los Fords Falcon sin patente y con «caños» que asomaban por las ventanillas. Repartidos los codiciados ficheros en tres bloques, algunas de sus páginas quedarían en parte convertidas en humus donde crecieron rosales o hierba silvestre. Comunista militante, alfabetizador en Cuba a principios de los 60, amenazado de muerte por la dirigencia sindical corrupta de Augusto Timoteo Vandor en tiempos del dictador Onganía por su libro *Los traidores*,³ no le resultaba fácil a Murillo difundir su obra. Hasta que a principios de los 70 Guadalupe, un sello católico, publicó con gran éxito su producción literaria infantil. La editorial iba a quedar en la mira de la dictadura.

La torre de cubos, libro de Laura Devetach (Premio Casa de las Américas [1975] por *Monigote en la arena*), y *Un elefante ocupa mucho espacio* de Elsa Isabel Bornemann, hoy dos clásicos de la literatura infantil argentina, sufrieron sendas censuras, explicitadas en documentos oficiales que equivalían a una pena de muerte. *La torre...* se prohibió primero en la provincia de Santa Fe, después en la de Buenos Aires y en Mendoza, hasta merecer un decreto federal. Echegaray presentó los correspondientes reclamos escritos ante la mesa de entradas de la Casa de Gobierno. Desde la Plaza de Mayo, con Adriana Vega y Élideo di Serio, esperábamos con angustia la salida de Echegaray. Poco después, un poemario de Di Serio era prohibido en la provincia de Buenos Aires, y Adriana Vega tendría que reclamar por su yerno; el nombre de ese joven integraría la nómina de desaparecidos.

Estos hechos se inscriben en las poco conocidas formas de resistencia y solidaridad que, más allá de la reconocida actuación de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, lucharon contra el exterminio y el silencio. La socióloga Inés Izaguirre y su equipo investigan aquellos y otros actos de resistencia.

*Sin embargo
no crean
A veces hay relámpagos.
Son breves, pero existen.
Se fraguan por abajo [...]*

escribía Armando Tejada Gómez, otro Premio Casa de las Américas [1974]. A Armando lo secuestraron en Rosario; se lo encontró malherido a un costado de la ruta a Buenos Aires. El poeta se exilió en España con su amigo Hamlet Lima Quintana. Pero ninguno resistió el extrañamiento, y retornaron los dos a la Argentina para inventarse un exilio interno. Exilio que Armando ponía en riesgo al distribuir soterradamente sus poemas escritos en dictadura, y que reunirá más tarde en un libro que tituló *Bajo estado de sangre*.

A sus noventa años, Álvaro Yunque (Aristides Gandolfi Herrero) era una figura mítica del legendario grupo literario Boedo. En 1945 había sufrido prisión durante el gobierno de facto del general Edelmiro J. Farrell por dirigir el semanario antifascista *El Patriota*. Pionero de la literatura para niños y jóvenes, sus libros se reeditarán a lo largo de décadas. En 1978 la nueva dictadura juzgó peligrosas tres obras suyas: *Niños de hoy*, *El amor sigue siendo niño* y *Nuestros muchachos*, y las prohibió. La editorial Plus Ultra retiró de librerías toda la producción del autor, en una paradigmática actitud de censura agregada. Por la misma época, en 1980, el sello Pomaire asume el riesgo de publicar la novela de Ricardo Piglia *Respiración artificial*, leída de inmediato como una metáfora de la dictadura. Desde México, Costantini envía al Premio Literario Casa de las Américas su novela *De dioses, hombrecitos y policías*, que es premiada en 1979. Juan José Saer escribe en Francia *Nadie nada nunca* (1980), novela que, escrita en clave policial, se relaciona con los NN y el contexto de violencia de la dictadura.

La novela *Sólo ángeles*, de Enrique Medina, había conocido la prohibición oficial en 1974, junto con *The Buenos Aires Affair*, de Manuel Puig. Las Tres A (Alianza Anticomunista Argentina) amenazaron a Medina por *Las hienas*, que tiene a un parapolicial como protagonista. A partir del '76, son censurados *El Duke* y *Perros de la noche*. En el '81, Enrique Medina se anima con *Las muecas del miedo*, donde se atisba entre líneas el clima ominoso de la dictadura.

A comienzos de los 70, la revista faro era *Crisis*. Muy pronto tuvo sus desaparecidos, por lo que cerró en agosto de 1976, y Eduardo Galeano, Aníbal Ford y Zito Lema, de su mesa de redacción, tuvieron que exiliarse entre gallos y medianoche. El editor Federico Vogelius fue torturado y sufrió tres años de confinamiento.

Entre tanto, la policía pedía documentos y revisaba mochilas en las puertas de la Facultad de Filosofía y Letras. En el actual edificio, un muro de la entrada tiene inscritos los nombres de estudiantes y profesores desaparecidos a manos de la dictadura. Se siente frío al leerlo; el azote del viento, como si quien soplara fuese la muerte, nos hiere el pecho.

Fahrenheit 471

El 30 de agosto de 1980, en un baldío de la periferia de Buenos Aires, ardían más de un millón y medio de libros del Centro Editor de América Latina (CEAL), fundado por Boris Spivacov, arquetipo de difusor de grandes textos clásicos y contemporáneos a precios populares. Dado que la humedad del papel conspiraba contra una rápida combustión, la policía roció con nafta la montaña de libros, que pronto alcanzaron los 471 grados Fahrenheit. Como ominoso antecedente, el 25 de febrero de 1977, en Rosario, segunda ciudad de la República, habían crepitado los volúmenes reunidos con esfuerzo por la Biblioteca Popular Vigil, en su objetivo de poner en práctica un ambicioso proyecto de difusión de la lectura, que abarcaba escuelas, cooperativas y un observatorio. Al día siguiente, treinta mil ensayos publicados por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) ardían en los cuarteles militares de Palermo. Los émulos locales del III Reich, satisfechos.

Cortázar había hablado de «genocidio cultural» al definir lo que ocurría dentro del campo de la cultura en su país de origen. Le sobraban argumentos. Agreguemos otros ejemplos a los ya dados. Algunos son trágicos; otros, caen en el inevitable ridículo. Como es el caso de *La cuba electrolítica* y *El Cubismo*. Libro técnico el primero, y volumen de arte el segundo, por mera confusión lingüística cayeron bajo sospecha de diseminar el ideario de la Revolución Cubana, por lo que fueron expurgados por la dictadura en una de las Ferias Del Autor al Lector. A su pesar, los Torquemada ponían la nota de humor en medio de la indignación en sordina.

Desde la Editorial Atlántida, se lanzó una virulenta campaña contra la *Biblia latinoamericana*. «Los cristianos debemos reaccionar ante estas claras maniobras de la subversión», concluía un artículo de la revista femenina *Para Ti*, entre notas de modas, tejidos y recetas de cocina. Era agosto del 76. En septiembre, el semanario «de actualidad» *Gente* transcribe la diatriba del obispo de San Juan: «Es satánica, sacrílega y mortal». No todos opinan lo mismo; monseñor De Nevares, consecuente defensor de los Derechos Humanos, pronuncia una homilía en su defensa: no son condenables las expresiones como «liberación», «justicia social» o «explotación».

Ambas revistas alcanzaron su objetivo. Se prohibió la circulación de la *Biblia latinoamericana*, y Editorial Guadalupe, su difusora, veía languidecer su proyecto editor. Entre tanto, Atlántida sigue siendo hoy ejemplo de la que solemos denominar «prensa canalla», porque manipula la opinión pública sin el menor escrúpulo. Y porque colaboró con la dictadura del 76 y, más tarde, con el descarado modelo privatista del presidente Carlos Menem, quien se encargó de completar las ingentes transferencias de riqueza y recursos naturales iniciadas por el oligarca José Martínez de Hoz, plenipotenciario ministro de Economía de la dictadura.

La Editorial Rompan Filas soportó persecución por publicar *La línea*, de Beatriz Doumerc y Ajax Barnes, Premio Casa 1975 (la pareja se refugió en España), *La ultrabomba* (sobre la bomba atómica) y *El cuento de la publicidad*. El editor Augusto Bianco marchó al destierro.

Daniel Divinsky y Ana María Miler, su esposa, dueños de Ediciones de la Flor, pasaron ciento veintisiete días detenidos a disposición del Poder Ejecutivo por publicar *Cinco dedos*, traducción de un libro para niños editado en la entonces República Democrática Alemana. En él, gracias a la unidad y coordinación, los cinco dedos de una mano roja derrotaban a una despótica mano, color verde seco como los uniformes del ejército argentino. En prisión, el matrimonio se enteró de que *Ganarse la muerte*, novela de Griselda Gambaro, había caído también bajo la censura, por ir «de lo inmoral a lo subversivo», y ser «altamente destructiva de los valores», entre otras consideraciones. Gambaro buscó refugio en España, mientras el periodista Rogelio García Lupo apelaba a la solidaridad internacional para excarcelar a la pareja. Un funcionario francés canjeó la libertad de los dos editores, a cambio de firmar acuerdos para televisar el campeonato mundial de fútbol con Canal 7, de la televisión oficial. La pareja Divinsky-Miler pasó su exilio en Venezuela, mientras la campaña oficial «Los argentinos somos derechos y humanos» estaba en su apogeo. La comisión directiva de la SADE recibió en febrero de 1977 una carta firmada por Silvina Ocampo, Eduardo Gudiño Kieffer, José Bianco, Ulises Petit de Murat, Juan José Hernández, Joaquín Piñol, Héctor Yánover, Ramón Plaza y Luisa Mercedes Levinson, en la que se pide «peticionar a las autoridades la pronta liberación de ambos editores». La nota se dejó, como en otros casos, en la Casa de Gobierno, con la nota adjunta de la SADE y la firma de una raleada comisión directiva. No fue posible reunir otros nombres en apoyo.

Noé Jitrik suele recordar los nombres de otros dos editores: Carlos Pérez, desaparecido en Buenos Aires, y Alberto Burnichón, secuestrado con su hijo en Córdoba la misma noche del 24 de marzo, cuando llevaba en su automóvil las *plaquettes* con versos que distribuía a los cuatro vientos. Nada se supo de él, su hijo fue liberado días más tarde.

No exageran Hernán Invernizzi y Judith Gociol, autores de *Un golpe a los libros* (Buenos Aires, Eudeba, 2002), cuando sostienen que la cultura era preocupación clave en el proyecto del terrorismo de Estado. Los dictadores vieron con claridad que la cultura es mucho más que una expresión de la estructura social y económica: es un poderoso recurso estratégico que satura todas las otras relaciones, la arena donde se libra la gran batalla de estos tiempos.

La palabra indómita

A principios de junio de 1976, antes de partir a su exilio en México, Carlos Patiño pedía a Roberto Santoro que también él dejara el país: «Esta guerra está perdida. No vamos a poder enfrentarlos, nos van a matar a todos. Cuando vengan, ¿con qué les vas a tirar? ¿Con libros?». Pero para Roberto Santoro su lugar estaba en el país; pasara lo que pasare él iba a quedarse en su puesto de lucha.

Santoro funda publicaciones como *Gente de Buenos Aires*, *Papeles de Buenos Aires*, y el ya casi mítico *El Barrilete*, donde por vez primera se da espacio, en una revista cultural, a los poetas del tango, como Celedonio Flores y Homero Manzi, y se insertan textos revulsivos, como el *Informe de Santo Domingo* (acerca de la invasión estadounidense a ese país), donde se incluyó el poema de Humberto Costantini «Yanquis hijos de puta». El canciller de turno tuvo que publicar su descargo.

El 1° de junio de 1977, Roberto Santoro, preceptor en una Escuela Técnica, es secuestrado por un «grupo de tareas». Permanece desde entonces desaparecido. El 14 de julio de 1996, su esposa Dolores y su hija Paula asistieron a la imposición del nombre de «Poeta Roberto Jorge Santoro» a una plazoleta de Chacarita, su barrio. Pero su corazón no quedó clausurado allí. Sigue cantando. Porque, como dijera el mismo poeta, intelectual orgánico de su clase: «el corazón que no canta, no ejerce su oficio con altura».

Treinta mil cristales rotos

Ni banalización del mal, ni *show* del horror devenido en producto fetichizado y descartable. La memoria, como construcción de resistencia al olvido, ese es el desafío. En *Poder y desaparición*, Pilar Calveiro relata su confinamiento en dos campos de concentración ya emblemáticos: la Mansión Seré, bajo la Fuerza Aérea, y la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), y da cuenta de las estrategias de solidaridad y supervivencia que afloraban bajo el acecho permanente. En *Nosotras, presas políticas*, publicado por Editorial Nuestra América, ex prisioneras de la cárcel de Villa Devoto, Viviana Beguán, Blanca Becher, Liliana Ortiz y Graciela Suárez, reunieron cartas, testimonios, dibujos, tarjetas de Navidad, y con ello conformaron un libro escrito a varias voces (ciento veinte), a lo largo de ocho años de prisión, de despojo, de desgranamiento familiar y de angustia de saberse rehenes de un régimen criminal. Ingenio, humor, acuerdos políticos y actos mínimos y grandiosos de apoyo mutuo y solidaridad iluminan historias de vida que trascienden lo individual. Por su parte, Nora Strajilevich, ex detenida en el Club Atlético –hoy en ruinas que remueven antropólogos bajo una autopista– narra su experiencia en *Una sola muerte numerosa*, obra traducida al inglés.

Alicia Kozameh, con *Pasos bajo el agua*, novela con versiones en inglés y alemán; *La Escuelita*, de Alicia Portnoy; Marta Vasallo con sus poemas y relatos reunidos en *Eclipse parcial*; la pintora Sara Rosemberg con su novela *Un hilo rojo*; Cristina Feijóo con *En celdas diferentes*, conforman un corpus de obras documentales o de ficción que muestran un fragmento de nuestra larga noche de treinta mil cristales rotos, descrita por algunas de sus protagonistas.

Recordar todo esto es contemplar apenas un fractal de una totalidad estremecedora. Como dijo Cortázar al denunciar las desapariciones de Conti y Walsh:

[...] citar dos nombres conocidos es dejar caer dos gotas de agua en un recipiente lleno hasta el borde de otros nombres casi siempre ignorados en nuestros círculos, nombres de obreros, de militantes políticos, de sindicalistas, a los que puede agregarse una interminable nómina de abogados, médicos, siquiátras, ingenieros, físicos. [...]

No descansaremos mientras sigan operando los que pretenden remendar el pasado con los parches del olvido. O que congelan en un museo de reliquias este tramo doliente de nuestra Historia. O que se horrorizan ante la brutalidad de la dictadura argentina, pero hacen elipsis del Plan Cóndor que la articuló con las otras dictaduras que asolaron el Cono Sur de Nuestra América, para no reconocer el papel decisivo que tuvo el complejo militar-industrial de los Estados Unidos en la preparación de las máquinas de exterminio. Bajo la máscara de la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional del Pentágono, el Plan Cóndor consiguió desbaratar la lucha popular organizada, cuando ya la guerrilla urbana y rural había

sido vencida y estaba dispersa. Así, logró diezmar la generación que se sintió parte de una realidad que era necesario transformar, para hacer del mundo un lugar más justo, armonioso y amable, sin explotadores ni explotados.

Cuando escribimos este artículo, permanece desaparecido Jorge Julio López. Con sus setenta y siete lúcidos años, este obrero describe la parábola que comenzó como militante popular y ex detenido, desaparecido y torturado por la dictadura del 76, y que llega hoy a la dignidad del compromiso con la memoria combatiente, puesto que su testimonio ha sido fundamental para la condena del genocida Miguel Ángel Etchecolatz. No se sabe nada de Julio desde el 19 de septiembre de 2006, día en que se lo esperaba en el tribunal para que oyera la ejemplar sentencia destinada al represor, en el marco de un esfuerzo por relanzar la lucha jurídica con otra perspectiva. Vigorosas movilizaciones, alentadas por organizaciones de Derechos Humanos, partidos políticos de izquierda y movimientos populares vienen ganando las calles de Buenos Aires y otras ciudades argentinas, para exigir la aparición con vida de Julio López.

Por todo esto, mientras tengamos latido y aliento, no dejaremos atrás la memoria, ni descuidaremos la defensa del presente. Es duro el corazón de la verdad. Pero es el corazón que queremos tener. Para que el resto no sea silencio. *Nunca más.*

1 Reseñado en este número de *Casa* (N. de la R.).

2 Leonor García Hernando alude aquí a La Noche de los Lápices, cuando, el 16 de septiembre de 1976, fue secuestrado en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, un grupo de estudiantes secundarios, adolescentes o casi niños todavía, que reclamaban el boleto escolar en los medios de transporte.

3 El cineasta Raymundo Gleyzer realizó un filme con el mismo tema y título, pero con investigación y argumento propios. Desaparecido en mayo del 76, se sabe que lo llevaron a El Vesubio, centro de exterminio en Buenos Aires, donde también murieron Haroldo Conti y Germán Oesterheld.